

Practiquemos lo aprendido

Si nos preguntaran por el secreto del crecimiento espiritual, estoy segura de que todos contestaríamos:

1. La lectura de la Palabra de Dios, la Biblia.
2. Hablar con Dios mediante la oración.
3. Adorar el nombre de Dios mediante las alabanzas.
4. Compartir con otros el evangelio, es decir, predicar.

El 95 % de los adventistas conocemos este gran «secreto». Personalmente, he escuchado más de veinte sermones sobre el tema en mis 25 años de bautizada y, desde la primera vez, entendí a la perfección la teoría. Lo difícil no es entender esta gran verdad, sino lograr integrarla de forma práctica, hasta que llegue a formar parte de nuestra vida. Ahí está el dilema.

Si reconocemos la gran verdad de que nuestro crecimiento espiritual depende de poner en práctica las verdades latentes y explícitas en la Palabra de Dios, ¿cómo es que seguimos tropezando, deslizándonos, cayéndonos y hasta pereciendo? El problema de los cristianos no radica en «entender», sino en poner en práctica lo que aprendemos.

Escuchando predicar al pastor Alejandro Bullón hace algunos años, supe que él también tenía una gran lucha con este asunto de poner en práctica las cosas que reconocía como esenciales para su crecimiento espiritual. Él decía que, en algunas ocasiones, tenía que orar porque no tenía ganas de leer la Biblia, de arrodillarse a hablar con Dios o alabarlo. Enseguida pensé: «¿Cómo un hombre tan espiritual, con tantos logros en su carrera y vida cristinas

puede tener estos conflictos?». El pastor Bullón explicó algo que me sirve cada día: Somos seres humanos y nuestra naturaleza, corrompida por el pecado, tiende a luchar en vez de someterse a las buenas costumbres y formas que aprendemos en la Palabra de Dios.

Debemos tomar la decisión, cada día, de llevar a la práctica la teoría. Cada minuto de nuestras vidas estamos decidiendo nuestra eternidad.

Debemos aprender de la vida devocional de Cristo, el mismísimo Hijo de Dios, que a los doce años ya sabía tanto o más de la Biblia que los sacerdotes y líderes espirituales de su tiempo. Aprovechaba cada oportunidad para ayudar, servir y enseñar a otros el amor de Dios. Sus oraciones en las noches, cuando todos dormían, lo fortalecían para librar las batallas diarias y los padecimientos futuros.

Solo reconociendo la gran necesidad que tenemos, lograremos poner nuestra insuficiencia en las poderosas manos de Dios, quien acomodará nuestras preferencias a su perfecta voluntad. Él nos ayudará a poner en práctica todas las verdades que nos pueden hacer crecer en nuestra vida espiritual y hacernos sabios para la salvación que tenemos en Cristo. Como diría el apóstol Pablo: «¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron» (Heb. 2: 3).

Marys Leidys Cedeño González,
Asociación Oeste, Cuba.